

CONCLUSIÓN: ¿QUIÉN ERES TÚ, JESÚS DE NAZARET?

Wer bist Du eigentlich -Jesus?, Geist und Leben, 44 (1971) 404-408

Creo que hay tres accesos a aquella relación misteriosa con Jesús en la que se realiza, vital y existencialmente, lo que la Iglesia confiesa sobre Jesús de Nazaret. Hablo de accesos a una relación misteriosa porque hay que distinguir bien el acceso como tal, de la relación de la propia existencia con Jesús y ver entonces su conexión.

Estos accesos son el prójimo, la muerte y el futuro. Entre ellos se da a su vez una relación íntima. Pero hay que tomarlos en toda su radicalidad y seriedad para que realmente nos encaminen a aquella relación sin la cual no puede darse un cristianismo auténtico y expreso.

Cuestión introductoria

Antes de considerar separadamente estos accesos trataremos de responder a una cuestión muy actual: no se acaba de saber exactamente (al menos reflejamente) en qué consiste esta relación cristiana con Jesús; con otras palabras, no es fácil saber si todo esto no será una "ideología" construida a fin de huir de la realidad.

¿Qué responder? En primer lugar: ¿se puede amar verdaderamente a Jesús? Independientemente de lo que haya podido ocurrir tras su muerte, ¿no se nos ha sustraído ya a todo amor con su muerte? Al hacernos tales preguntas nos referimos al Jesús auténtico e histórico. Pero, ¿es posible amar a un hombre ya muerto aunque fuera amado en vida?, ¿no se le ha de seguir amando si el amor es afirmación incondicionada del amado?, ¿no tenemos una relación radical con los muertos?, ¿se pueden volver las espaldas a aquellos que ya han desaparecido de la vida? No; el amor y la responsabilidad por los seres queridos no pueden desaparecer con la muerte. Uno podrá, en todo caso, olvidarlos por no saber qué "hacer" con ellos, por incapacidad para integrar la dispersión y la fragmentación de la propia vida, vida de la que ellos no pueden ser borrados. Pero nunca se podrá decir: los muertos ya no nos conciernen. Por el contrario, los muertos nos vinculan permanentemente y su realidad no podemos transformarla en una exigencia ideológica que hayamos de respetar en el futuro. Su vida es, para siempre, para ellos y para nosotros. Y como tal vida nos presenta sus exigencias. No siguen existiendo con una vida distinta, con la que no pudiéramos tener una relación auténtica, sino que la vida que nosotros experimentamos en ellos un día adquiere ahora una validez eterna; están presentes y por eso pueden ser amados. El modo de la relación podrá ser muy distinto, pero esto no es decisivo para la relación. El hecho de que la mayoría de los hombres tenga un conocimiento muy rudimentario de su amor permanente con los muertos o de que incluso lo nieguen expresamente, no contradice a lo que acabamos de expresar. Los hombres somos seres que realizamos muy lenta y fragmentariamente nuestras posibilidades últimas. Y no siempre, ni mucho menos, las situaciones concretas son favorables a la realización de las mismas.

De todo lo dicho se sigue que es posible amar a Jesús, que podemos ser interpelados radicalmente por su vida y que, en la aceptación de esta interpelación, podemos afirmar

esta vida como válida y "existente". Considerar a Jesús como interpelación definitiva y personal, es afirmarlo como vivo y salvo. De lo contrario no afirmaríamos a Jesús mismo en su pretensión respecto a nosotros, sino a lo más a una "idea" que nos habríamos formado con ocasión de su vida.

Preguntémonos ahora por los tres accesos a la comprensión de aquello que la fe cristiana afirma en su confesión cristológica.

El amor al prójimo

El primero es el amor al prójimo. De él, ya nos habla Jesús en Mt 25 al identificarse a sí mismo con el prójimo. Cada amor a otro hombre es esencialmente un riesgo absoluto de la propia existencia en el otro. El amor siempre acontece, consciente o inconscientemente, en la esperanza de que tal riesgo tiene un sentido y de que este riesgo no está abocado necesariamente al fracaso. Y esto, aun a pesar de la limitación que hace que el otro nunca pueda dar garantías a la absolutez del amor hacia él. Ahora bien, en Cristo y por Cristo esta esperanza ha sido confirmada. El riesgo de amar al hombre Jesús absolutamente no puede ser defraudado. Y por eso puede transmitir una esperanza de incondicionalidad al riesgo que se corre amando al otro. Jesús es el hombre que nos hace absolutamente legítimo el amor a él mismo y a los otros, y que supera definitivamente el margen de inseguridad que implica todo amor. Tal hombre es exactamente el que la fe confiesa ser el hombre-Dios; el hombre que de tal modo es uno con Dios, que cuando se le ama incondicionalmente es a Dios mismo a quien se ama, y ya no a un mero hombre. Por esto es igualmente válido decir al revés: el que ama a Jesús con una confianza absoluta, que sabe tiene su fundamento en el mismo Jesús, ese tal va ha aceptado a Jesús tal como lo afirma la fe cristiana.

La experiencia de la muerte

Un segundo acceso a la comprensión de lo que Jesús significa para nosotros es la experiencia de la muerte. Este acceso está relacionado con el anterior. Y es que la absolutez del amor aparece radicalmente amenazada por la muerte de la persona querida. Y si se nos dice que tal amor afirma la definitividad de tal persona, siempre cabrá preguntar entonces en qué se funda la esperanza de esa definitividad y dónde está el hombre que nos revela tal definitividad como acción de Dios. Pero, aun independientemente de esto, la muerte es también un acceso a Jesús. La muerte es el destino común de todos los hombres, la experiencia límite que nos une a todos y por la que no podemos ser indiferentes los unos con los otros. Y, ¿dónde encontramos en nuestra historia la esperanza concreta de que este límite extremo de la existencia no es el triunfo de la nada del hombre, sino que desemboca en lo increíble del amor eterno de Dios? Sólo en un hombre cuya "resurrección" es experimentada como plenitud de nuestra muerte. La resurrección de Jesús es la realidad de la muerte de Jesús y de la nuestra; por eso, el Resucitado es creído como el sí definitivo de Dios a los hombres, como la salvación escatológica. De nuevo, pues, podemos decir: el que es creído como fundamento de la esperanza que supera la muerte, ese mismo es exactamente el que la fe cristiana confiesa como la Palabra hecha carne.

La esperanza de un futuro absoluto

Desde aquí se hace comprensible por qué y cómo la esperanza de un futuro absoluto es también un acceso al significado de Jesucristo. La esperanza, que espera el triunfo definitivo de la historia humana, ha de buscar necesariamente en la historia el punto hasta donde ha llegado en su camino hacia el futuro. No para anticipar va ideológicamente el futuro absoluto y falsificado, convirtiéndolo en un fin factible por el hombre mismo, sino porque la esperanza ha de rendirse cuentas a sí misma. Tiene que preguntarse por los signos de los tiempos. Porque espera llegar a una realización a través de la historia, tiene que palpar en la historia misma que ésta ha entrado en una fase en la que ya se ha superado la posibilidad de su caída en el vacío y en la nada. Creer en la resurrección de Jesús es saber que la historia del mundo, en su totalidad, ya no puede fracasar, aunque siga abierto el destino concreto de cada individuo, y el futuro absoluto sea el misterio permanente de Dios. Ahora bien, creer que en un hombre concreto se ha dicho la Palabra de Dios definitivamente como futuro absoluto de la historia, es creer en la unidad de Dios y hombre que Calcedonia llama "unión hipostática".

El que se pregunta cómo puede amar al otro de un modo incondicional y radical sin que la misma muerte haya invalidado ese amor; el que se pregunta si la muerte no es el fin sino la plenitud en el futuro absoluto; ése ya busca a Dios con su pregunta, lo sepa o no. Y no le resultará difícil encontrar la respuesta en la historia de Jesús si se le anuncia rectamente. Y si encuentra esta respuesta en Jesús, entonces ya ha encontrado el acceso a la cristología tradicional; esa cristología que hoy nos resulta tan incomprensible y que, sin embargo, no pretende más que decir que Dios ha dicho el "sí" definitivo a los hombres como respuesta salvadora a esa triple pregunta que no sólo se hace el hombre sino que, en el fondo, es ese mismo hombre.

Tradujo y extractó: ANTONIO CAPARRÓS